

El Poder de las Montañas

La "Montaña Sagrada" fue el título de uno de los relatos radiofónicos más estremecedores que mi padre retransmitió allá por los años 70. En él, nos hablaba del Cerro Autana, un tepuy erigido sobre paredes verticales de cuarcita y arenisca que alcanza más de 800 metros de altura, por encima de la espesa jungla venezolana. Con apenas 30 hectáreas de superficie, esta chimenea pétrea asciende impetuosa como el tocón de un gigantesco árbol quebrado por el rayo. Y no en vano: la montaña sagrada de los indígenas Piaroa simboliza para ellos, el tronco del árbol de la vida, cuyos frutos no eran otros que todas las especies que poblaron nuestro planeta cuando el Dios del fuego, enfadado con el Dios del agua, provocó la mítica tormenta que hendidio su tronco.

Los Tepuyes, o "moradas de los Dioses" en indígena pemón, son misteriosas montañas aisladas que izan mesetas, incomunicadas del resto de la jungla venezolana, como islas en el tiempo. Embajadores de eras pretéritas, los tepuyes son, en realidad, remanentes de lo que fue una vez una gran meseta, de la que solo quedan ellos: titanes impertérritos y resistentes al proceso de desgaste que fue menguando la elevación de su entorno. Apenas explorados, albergan especies únicas, resultado de caminos evolutivos caprichosos y diversos que discurrieron de forma aislada y paralela al resto de la selva circundante.

Cuántos niños y jóvenes descubrimos, a través de aquel relato de mi padre, el mágico poder de las montañas. Yo, personalmente, quedé totalmente hipnotizada y hoy no puedo evitar recordar aquella montaña sagrada, al escribir este manifiesto. Porque las montañas, que se alzan como titanes silentes, son guardianes de un poder que trasciende la mera geografía. Son matrices de vida, lienzos de la historia geológica de nuestro planeta y el santuario de innumerables espíritus.

Ellas son mucho más que majestuosas elevaciones del terreno; son la piel arrugada de nuestro planeta, el resultado de una actividad tectónica insólita en ningún otro planeta del sistema solar, que se ha prolongado por cientos de millones de años. Cada cumbre, cada valle, cada estratificación rocosa cuenta una historia de presiones inimaginables, de choques continentales que levantaron los fondos marinos hacia el cielo o de volcanes que vomitaron fuego y dieron forma a paisajes dramáticos.

Desde las antiguas rocas ígneas que forman sus núcleos hasta los sedimentos más recientes que recubren sus flancos, las montañas nos recuerdan la vasta escala del tiempo geológico y la constante evolución de nuestro hogar planetario. Nos recuerdan que nuestro planeta es una roca viva, dinámica y creativa. Las montañas son columnas hercúleas que sostienen los cimientos de nuestro mundo, proveedoras de minerales esenciales, suministradoras de agua dulce y pura, que regulan e influyen de forma determinante en el clima a escala planetaria. Su estudio nos enseña humildad ante el

poder de la naturaleza y nos revela secretos de la formación de los continentes, el nacimiento de los océanos y la génesis de la vida misma.

Pero esos macizos rocosos, son también oasis de biodiversidad. Refugios para una asombrosa variedad de vida adaptada a condiciones extremas. Son islas que, por su abrupta orografía, aún protegen lo libre y lo salvaje del insaciable apetito humano. En ellas encontramos especies que buscaron su cobijo cuando retrocedieron los hielos a finales del Pleistoceno. Vestigios palpitantes de glaciaciones aletargadas, que podrían resultar vitales si no fuera por el filo amenazante del cambio climático actual. La biología de las montañas es supervivencia y adaptación. A medida que ascendemos, la temperatura desciende, la radiación solar se intensifica y los vientos azotan con furia, creando laboratorios ecológicos únicos que albergan especies vegetales y animales que no se encuentran en ningún otro lugar. Desde los fascinantes líquenes —especies híbridas que primero conquistaron la tierra firme en el Paleozoico y que hoy encontramos aferradas a las rocas desnudas, pacientemente abriendo camino a la vida— hasta los bosques de coníferas o de hayas que visten sus laderas. Los quebrantahuesos, el desmán del Pirineo o el urogallo forman parte de la fauna esquiva y muy amenazada, que habita sus alturas. Cada ecosistema montañoso es un testimonio de la resiliencia y la creatividad de la vida.

Y para los humanos, a lo largo de nuestra breve historia, ¿Qué representan las montañas? Ya en nuestra infancia paleolítica, sus cuevas y refugios hicieron posible nuestra supervivencia frente a épocas glaciales insopportables. En su regazo compartimos noches y jornadas interminables, alumbrados por el fuego y animados por las historias que nos contábamos. Hasta nuestra imaginación e identidad han sido forjadas al amparo de montañas que hoy custodian nuestras primeras expresiones artísticas. Y sus cumbres inalcanzables, han simbolizado en las tradiciones espirituales de innumerables culturas, desde los Himalayas hasta los Andes, la aspiración humana hacia lo trascendente, la conexión con lo divino y la búsqueda de la sabiduría. Reverenciamos las montañas como símbolos, como templos naturales, sitios de peregrinación y lugares para la meditación y la introspección.

Aterrizando en lo terrenal, las montañas son también un escenario inigualable para desafiar nuestros límites físicos y mentales. La aventura de adentrarse en la montaña nos atrae como un imán porque nos ofrece la oportunidad de dialogar con un entorno sin igual, de una manera íntima y transformadora. Ascender una cumbre, recorrer un sendero o bañarse en uno de sus ríos no es solo una hazaña física; es una experiencia única que nos abre a un universo de estímulos, que forja el carácter y nos conecta con la existencia, aquí y ahora. Las montañas son un espejo en el que mirarnos y descubrir nuestros mejores rasgos.

Pero su poder también exige cautela, criterio y un profundo entendimiento de su carácter. Nos exige la humildad que tan esquiva nos resulta y la entereza para tomar las decisiones correctas en momentos críticos. Las montañas nos desafían a ser mejores, más conscientes y más humanos. Todo el que sale de la montaña lo hace mejor que cuando entró en ella.

¡Viva el poder de las montañas! Vivan y perduren los pilares de nuestro planeta, el corazón palpitante de nuestros continentes, nuestra fuente más inagotable de inspiración y plenitud, y el escenario inigualable de nuestras mayores aventuras.

Este manifiesto es un llamado y un compromiso a proteger, respetar y abogar por nuestras montañas. Hoy, amigo mío, cuando lo rápido y lo banal, ponen en peligro todo lo grande, bello y poderoso, que el espíritu de las montañas nos guíe. Que su majestuosidad nos inspire a la acción y su poder nos recuerde nuestra sagrada dependencia de todo lo natural. Elevémonos para proteger lo que nos eleva. El futuro depende de que los que aún conectamos con el poder e indómito susurro de libertad de las montañas, sepamos estar a la altura y defendamos lo que de verdad nos hace plenamente humanos.

Para cerrar, permitidme volver a recordar a mi padre quien habría disfrutado como nadie de estos aurrulaques. En 1970, en su programa de Televisión que habitualmente versaba sobre temas de naturaleza, interrumpió su discurso para dedicar unas palabras a un suceso que le había conmocionado profundamente. Al parecer, los medios de prensa de la época, apenas dedicaron, si acaso, un pequeño recuadro al accidente de Lastra y Arrabal. Dos escaladores que quedaron congelados abriendo una nueva ruta en el Naranjo de Bulnes y que terminó costándoles la vida a uno de ellos. Comprobando que el futbol y otros menesteres de menor trascendencia ocupaban páginas, en comparación; no pudo evitar reflexionar sobre la decadencia de nuestros valores y dedicar estas palabras que hoy rememoramos como broche de cierre a este manifiesto.

"A ti, escalador, no te importa. Tú no necesitas de aplausos ni alharacas. Tú estás en la cumbre de la vida, cumbre a la que jamás llegará la muchedumbre que nunca saldrá del angosto valle."

Odile Rodríguez de la Fuente